

niños, hijos de sus entrañas? ¿Sabe trabajar el uno y leer el otro? En fin ¿hemosles instruido, amado, guiado? ¿acaso les libramos del frío, del hambre? Por esto... declárole en nombre de esas almas laceradas, yo, el hombre a quien conmueve más el cadáver de un niño que un palacio difunto, son ellos formidables moribundos, que no se quejan y mantiénnense insondables, sonrientes, amenazadores, indiferentes, altivos, y que casi casi se dejan degollar de buen grado. Meditemos. Esos condenados, heridos hoy por el rayo no conocen la desesperación, ya que tampoco conocieron la alegría. La suerte de todos va unida a su suerte. ¡Ah! hagamos que los miserables se aficionen a la vida; sino, no es posible el equilibrio. Orden verdadero, leyes duraderas, sólidas costumbres, tranquilidad encantadora sin dejar de ser viril, todo esto encontraréis en el pobre si le mantenéis contento. Meditemos, ya que sobre ellos descansa el sudario, y comprendamos. Yo afirmo que la sociedad no se encuentra a gusto teniendo sobre sí el peso de esos fantasmas; que de todos los síntomas, su risa es cosa terrible, y que es imposible desechar el miedo del corazón mientras no se logre curar esa facilidad siniestra de morir.

—o-o—

A LOS HUMILLADOS

¡Sí, ¡estoy con vosotros! gozo esa sombría alegría. Aquellos que son azotados, heridos, aniquilados, me atraen; siéntome su hermano, defiendo una vez caídos a los mismos que combatí cuando se hallaban triunfantes, quiero olvidar su injuria, su cólera, y los odiosos nombres que me prodigan. Al verlos desgraciados dejan de ser enemigos míos. Pero, sobre todo, defiendo al pueblo que aguarda su salario, al pueblo, familia triste de hombres, mujeres, niños, derecho, porvenir, trabajos, dolores. Defiendo al extraviado, al débil, y a esa muchedumbre que no habiendo tenido jamás punto de apoyo, se derrumba y cae alocada en el fondo de los negros sucesos. ¡Ah! no sé cómo no comprendéis que a vosotros tocaba guiarlos, que debía dárselos su parte de ciudadanía, que vuestra ceguera produce la suya. Recógense las consecuencias de una tutela avara, y el mal que les hicisteis ahora os lo devuelven. No les habéis guiado, conducido por la mano, indicándoles las sombras y el verdadero camino; habéislos dejado que se perdieran en el laberinto; ellos son vuestro espanto y vosotros les infundisteis temor, y es porque no han disfrutado de vuestra fraternidad. Andan errantes: el buen instinto vive de luz; nada tienen para alimentar su oscura alma; buscan claridad a través de la noche. A tientas, desesperado, en el último trance, ¿es capaz de pensar aquel que no puede vivir? Si damos vueltas en horrible círculo, la embriaguez

se apodera de nosotros. He resuelto pedir para todos pan y luz.

Para ayudar al pueblo en la solución de un problema, yo me inclino hacia él. En primer término, le quiero; lo demás viene después. Sí, estoy con vosotros, tengo la indómita obstinación de presentarme blando ¡oh vencidos! y digo: ¡nada de represalias! ¡Oh mi viejo y pensativo corazón! nunca palpitas con más fuerza que ante las lágrimas de los hombres, y siempre vibrarás para las madres que llevan en brazos a los hijos de sus entrañas.

¡Cuando pienso que fueron muertas mujeres en cinta! cuando pienso en los que van a abandonarnos! No digamos fui proscrito, fui mártir; no hablemos de nosotros ante tan terribles duelos. Vuelve a apoderarse de mi alma la tristeza que antes la ahogaba. Nadie es malo, y sin embargo ¡cuánto daño se hace!

¡Cuántos seres humanos se estremecen a la hora presente sobre el mar que solloza y el cielo bañado en lágrimas, ante la repugnante escarpadura de lo desconocido! Ser arrojado allí, triste, inquieto, tembloroso, desnudo, número cualquiera en medio de la lívida muchedumbre, confundido con los demás y sin embargo enteramente solo, sin esperanza, sin socorro, roto en su corazón el hilo de sus amores! Decir:—«¡Dónde estoy! Partimos. Todo palidece, todo se ahueca, todo muere. ¿Qué significa tan horrorosa huida? Tierra y universo desaparecen; toda la inmensidad truécase en selva. Soy niebla y ceniza. Hemos pasado; ya nadie se acordará de mí. ¡Sólo el espacio!» ¡Verse olvidado para siempre en las nocturnas sombras! Convertirse para sí mismo en una especie de ensueño! ¡Oh! ¡cuántos inocentes estupefactos bajo el peso de la vil mentira, y de un castigo feroz!—¡Cómo! dicen ellos. ¿Ya no veré más este cielo? ¡se me arrebató la patria! ¡Devolvedme mi hogar, mi campo, mi industria, mi mujer, mis hijos! ¡devolved-

me la claridad! ¿Qué he hecho para verme precipitado de esta suerte en medio de la infame tempestad y de la amarga espuma, y para que se me quite el derecho que tengo a mi madre, la Francia?

¿Al tratar de sondear ¡oh vencedores! el oscuro pozo social abierto en el fondo de los corazones, de estudiar el mal, de hallar el remedio, de buscar en algún sitio la palanca de Arquímedes, cuando debiera forjarse la llave de los nuevos tiempos, después de tantos combates, de tanto trabajo, y de tantos ensayos altaneros y tantos esfuerzos, no encontraremos más solución que hacer naufragar entre tinieblas, nosotros los guías y doctores, nosotros los hermanos primogénitos, un caos de hombres desgraciados? ¡Qué viejos somos! ¡y qué niños! ¡Qué sueño, hombres de Estado! ¡qué sueño, oh filósofos! ¡Cómo! ¿creéis que basta expulsar los agravios, las catástrofes, los problemas, la angustia y las convulsiones para que desaparezcan? Meterse nuevamente en casa, y gritar:—¡Franceses, soy ministro y todo está corriente!—mientras que en el siniestro horizonte flota no sé qué almadía de Medusa, bajo pesadas nubes, inmóviles, cubiertas de sangre, almadía cargada de espectros, teniendo el infierno por fanal y la muerte por piloto. ¡Ser hombres fríos que jamás se embotan, cuya justicia nunca se enternece, llevando su imparcialidad hasta el punto de castigarlo todo! ¡Cortar el miembro entero para sanarlo! ¡adoptar por expediente el hondo mar! ¡En vez de ser la base fundamental del orden, arrojar en la sima amontonados hechos, cuestiones, lutos que llorábamos y atestiguábamos, la verdad, el error, los hombres temerarios, las mujeres que seguían a sus maridos o a sus hermanos, el niño que removi6 locamente el empedrado, y crearlo salvado todo porque sobre nuestros males, nuestro llanto, nuestras inclemencias háse pasado la escoba de ese inmenso bañadero!

Pero no tenéis razón. Oigo los gritos, veo el

espanto, el horror, la sangre, el mar, las fosas, la metralla, y censura. ¿Por ventura tengo yo la culpa? No carezco de entrañas. ¡Ah! ¿por qué desencadenar tan rudos aquilones sobre tanta ceguera y tanta indignancia?

Sin contar con que todas esas venganzas sólo sirven para envenenar el porvenir. Trabajar para lo peor obrando por lo mejor, acabar de suerte que un día todo vuelva a empezar, he aquí lo que se llama sabiduría cuando es demencia. El sufrimiento y el odio son hermanos. Los oprimidos más tarde truécanse en opresores.

¡Aunque tuviese por mi parte que volver a recobrar la austera costumbre de la ausencia, aunque tuviese que volverse a cerrar para mí el áspero y silencioso aislamiento, aunque los cielos, iluminados instantáneamente por la aurora, tuviesen que volverse inexorables y sombríos, que al menos os quede un amigo ¡oh miseros mortales! ¡Que al menos se levante una voz para defenderos! Muere el derecho, la esperanza se derrumba, y la prudencia está loca. Que nadie pueda decir que no se ha levantado una protesta ante tan horroroso eclipse. Soy compañero de la calamidad. Quiero ser aquel que nunca ha obrado mal, y que llora; el hombre de los oprimidos y de los abandonados. Voluntariamente me meto en vuestro infierno, condenados. Vuestros jefes os extraviaban, helo proclamado ante la historia: sin duda que yo no hubiese compartido la victoria con vosotros, pero una vez caídos os sigo; y me adelanto, grave y solitario, no hacia vuestra bandera, sino hacia vuestro sudario. Abrome vuestra propia tumba.

Y ahora, tú, calumnia, y tú, odio, sarcasmos a sueldo, gratuitas mentiras; puños cerrados, gritos más negros que los vientos de la sombra libia, más viles que el látigo con que se azota al esclavo, ironía idiota, esquivos anatemas, ¡oh resto de la blanquizca saliva en boca de aquellos que

escupieron en la pálida frente de Jesús! piedra lanzada eternamente a todo proscrito, ¡encarnizaos sobre mí! Bien venidos seáis, ultrajes. Para obtenerlos, sufrimos todas las afrentas nosotros, combatientes del pueblo.

LAS DOS VOCES

Voz discreta

La política es un expediente. ¿Qué niegas, repudias censuras toda acción fuera de los principios? ¡Cuidado! Estás gastando tus fuerzas en esfuerzos vanos y nulos. Yo soy quien guío por la selva al hombre errante. Mi nombre es la razón, mi apellido el Interés. Soy la Discreción. Amigo, estoy hablando, escucha. Catón que me desafió supo lo que esto cuesta. Oh poeta, buscador de lo mejor! Pierdes el bien, se escapa de tus manos. Haces frustrar Todo sobre Nada. ¡Deja, pues, sucumbir las cosas que sucumben! Tu pendiente te lleva siempre hacia los que caen, por la cual jamás alcanzarás la victoria. El que demuestra un corazón muy grande no tiene bastante ingenio. La verdad demasiado verdadera es casi mentira. Buscando el ideal, si traspasamos el espesor exacto, sólo encontramos los sueños y nos volvemos soñadores por haber pensado demasiado. El sabio no quiere ser injusto, sino que intenta mantener su firmeza; temeroso de aparecer demasiado justo, busca un término medio. Primer escollo, lo falso; segundo, lo verdadero. El derecho tomado en globo, no es más que el mineral en bruto. la ley es el oro. Hay que saber extraerla del derecho. A veces se aparenta obrar lo contrario de lo que debiera hacerse, estribando en esto el gran arte. Tú nunca llegas,

y yo me retardo; más vale llegar tarde que no llegar. En suma, tú haces un dios de un hombre, y yo trueco el dios en hombre; he aquí la diferencia que existe entre nosotros. Reflexiona. Tú desafiás el caos, y yo temo el desorden. ¿Estás seguro de sacar de tu antro otra cosa que un sér imbécil y doliente? ¿Crees por ventura rehacer completamente al hombre y triplicar sus sentidos? Demasiada luz así como demasiada oscuridad, ciegan. Que si es preciso sólo se abra la puerta a medias. Nadie quiere la guerra y se aborrece el cadalso en teoría, y sin embargo, sirven de ambas cosas en la práctica. Querido, hay que poner la tienda a espaldas del templo; no ignoro que los mercaderes fueron arrojados del santo lugar, más la falta de Jesús está en ser dios en demasía. El discreto muestra moderación en todas sus cosas. Tranquilo en mi rincón, censuro al querido infinito, que va demasiado lejos. Los espíritus rectos tienen mucho que criticar en la creación, cuya esfera es harto extensa; el defecto del mundo en que vivimos es el exceso; magnífico es el sol y suave la primavera, teniendo el uno demasiados rayos y la otra demasiadas rosas, pues Dios no se halla libre de exageraciones. Imitarlo equivale a dar en la perfección gran peligro: las cosas marchan mejor amoldadas a más estrecho patrón; Dios no da siempre buen ejemplo. Jesús traspasa el fin sin examinar la oferta de Belcebú; yo no digo que hubiese debido aceptar, mas es una tontería que Dios se muestre impolítico cuando el diablo obra con honradez. Mejor fuera decir: Ya veremos, amigo. El hombre es hombre; ni malo ni bueno. Ni blanco como la nieve, ni negro como el carbón. Todo hombre mediocre es hombre político. Busquemos, no la grandeza, pero sí la proporción. El sabio prefiere la templada y cómoda vivienda del castor al arruinado Partenón. Frecuento a Rotschild y huyo de Adamastor. El titán de hoy es el millonario: el hombre de Estado no quiere nada excesivo; venera el voto univ-

sal, pero trabaja en el escrutinio; suprime el esclavo y conserva el veleta, es decir que rompe la cadena y guarda el hilo. Pequeños son los hombres, y enana su conciencia; el hombre de Estado los mide antes de atreverse a hacer nada. La mediocridad es cosa buena, ni bonita, ni fea, ni alta, ni baja, ni caliente, ni fría; y yo que soy la razón me instalo en ella, ya que lo sublime es inhabitable. ¿Quién se aloja, pues, en la cima del monte Blanco? El discreto es mediocre y blando, o lo aparenta. Los periódicos de campanillas mueven sus carracas; la gaceta de los fondos secretos del emperador dice tocante a tí cosas que horrorizan, tales como que cuentas las palabras de un telegrama, y hasta que el vino que se bebe en tu casa es de mala calidad; que para tu mesa es siempre cuaresma, y que B. ya no te hará el honor de acompañarte en ella, etc., etc. Te has atraído, pues, toda esa malevolencia. Con mucha chispa M. Veuillot te llama calabaza, y la memoria se embrolla narrando tus hazañas. Vives bajo el clamoreo de ¡justicia! ¡justicia! De todo tienes la culpa. ¿Por qué no eres razonable? Renuncia a hacer frente al mal. Sin duda que es bueno hacer frente al mal; pero no conviene estar solo. No eres aun abuelo para avanzar cuando tu siglo retrocede; es ridículo combatir cuando se peinan canas; todo hombre valeroso que usa de prudencia se engrandece; Nestor joven es Ajax, Ajax viejo es Nestor. Sé de tu tiempo; enseña a los pueblos la discreción. La Verdad demasiado desnuda es cosa de salvajes; maltratar el éxito es oficio de zopencos; todo vencedor tiene razón, cuanto brilla es oro. ¿Acaso es culpa mía si la suerte se desmiente? No me apeo de mis trece: salid airosos. ¿Y cómo? Concedo que hoy lo somos todo, de un modo oblicuo; para esto sirve la República. Se salva, suprimiendo el enemigo a cañonazos, y a medias el orden y la monarquía, casi inéditos aún, ¡y tú te niegas a entrar en semejante comandita!

Es absurdo. Esto indigna, y con razón. Además jóvenes, ancianos, grandes, pequeños, los peores, los mejores, todos invocan una misma ley, rendirse ante la evidencia. Siempre se condensa cierta dosis de derecho en el hecho; el mal contiene un poco de bien que es preciso buscar. La política es el arte de fabricar con lodo la hiel, la bajeza trocada en modestia, el rebajamiento de los grandes, la insolencia de los enanos, las faltas, los errores, los crímenes, los venenos, el sí, el no, lo blanco, lo negro. Aquí de poco sirven los principios. Irradian, perfectamente; Morus les contempló, saludémoslos. Todo astro tiene derecho a ese peaje, y bueno será que a veces lo cubramos con alguna buena nube. Yo busco la realidad, y tú lo verdadero. Con la realidad se vive, lo real teme a lo verdadero. Reconoce tu error. El deber es el empleo de los hechos. En vez de lo relativo eliges lo absoluto. Un hombre que, queriendo luz para bajar al sótano o escudriñar en algún montón de ceniza, o para, de noche, orientarse en medio de un bosque, introdujese la mano en el fondo del sombrío firmamento, apoderándose de una estrella para hacerla servir de vela, ese hombre serías tú.

Voz altiva

No escuches. Imposible oscurecer un corazón, así como no se oscurece un cielo. Soy la conciencia, es decir, una virgen; y ella la razón de Estado, impúdica ramera, que embrolla la verdad explicando lo falso. Es la hermana bastarda y ambigua del buen sentido. Admito que la baja claridad tenga partidarios, que se la encuentre excelente y sea útil para evitar un choque, parar un proyectil, marchar casi sin tropiezo por las negras encrucijadas, y orientarse en los pequeños deberes; tiene en su favor a los miopes, a los hábiles, a los sutiles, a los prudentes, a los discretos, a cuantos, en

fin, sólo pueden ver las cosas de cerca y que examinan la tela que fabrica la araña; pero ¡alguien ha de estar de parte de las estrellas! Preciso es que haya partidarios de la fraternidad, de la clemencia, del honor, del derecho, de la libertad, y de la verdad. Las constelaciones son sublimes en obscuridad, flores del eterno estío; mas necesitan, en medio de su serenidad, que el universo guiado les rinda testimonio, y que renovado un hombre en la tierra de edad en edad, tranquilizando a sus hermanos condenados, grite a través de la lúgubre noche: ¡Astros, irradiáis! Pues nada más horroroso que el crimen, la virtud, la luz, la sombra iguales en el abismo; ninguna acusación más justa contra el Altísimo que si tuviera que achacársele la pérdida, la difusión de la claridad sin orden ni concierto en el fondo de los cielos, y nada probaría mejor la demencia de lo alto que la inutilidad de la inmensa luz. He aquí por qué es buena la justicia, y el astro también. Ser sincero al azar, aunque se obtenga como premio el martirio, dejando vislumbrar la justicia en todos sus actos, he aquí la verdadera irradiación del hombre. Sea cual fuere el sitio en que se lleve a cabo un acto de iniquidad; sea cual fuere el momento en que se obre mal, preciso es que una voz se levante, que en medio de la noche aparezca repentino resplandor. En el cielo este dios es la Verdad; en la tierra este sacerdote es lo Justo. Son dos necesidades. Hay que contradecir al viento y resistir la ola.

LOS LIBELISTAS DE IGLESIA

Nos ofrecen a Dios en una diatriba, constituyendo por sí solos el sacerdote, el raitre y el escriba. Ved como espumea su prosa de pertiguero. Cada uno de ellos raya por debajo con un estoque su oración, y puntúa sus oremus con mortífera bala. Ved, su carne es flaca y su espíritu está pronto. Arrojan al acaso y a vanguardia la afrenta, así como el hisopo arroja el agua bendita. La sombría guadaña, según ellos, no va bastante aprisa, y se les oye gritar al verdugo: ¡holgazán! Paréceles que la muerte necesita un suplente. Ya que decididamente abusa el ochenta y nueve, devolvednos al rey Carlos con su arcabuz, y a Montrevel, indómito y rudo compañero. ¿Dónde están los útiles ganapanes de Aviñón que arrastraron el cadáver de Brune por el muelle del Ródano? ¿Dónde esos grandes carniceros del altar del trono, cuyas frentes tostaba el sol de las Cevennes, guiados por Bâville y estimados de Bossuet? No hay duda que se hace lo que se puede con las ametralladoras, pero el hombre de la clase media se inclina ante las dulzuras peligrosas, llegando casi al punto de censurar a Gallifet. La sangre acaba por producir efecto a los cretinos, apoderándose el enternecimiento de esa clase de bípedos. El arco iris de paz es un gran sable desenvainado. Sin la espada (el mejor de los narcóticos) ninguna sociedad sale del paso, y hay que habituarse a este dogma; para salvar debe empezarse matando. Así pues, lo mismo se puede ser escritor que trabucaire;

nos convertimos en delegados del emperador, en vicarios del Papa, y en apoderados de la muerte, así como en embusteros, verdugos, perros de presa. Y viles, devotos, heríamos una vez caído a Rochefort, el altivo arquero, el poderoso sagitario cuya flecha ha quedado clavada en el costado del derrumbado imperio. Esos hombres ultrajan el llanto, la viudez, los sepulcros, blanquean los cuervos, ennegrecen las palomas, lapidan una cuna protegida por un sudario, hieren a Dios en el pueblo y al niño en el abuelo, a los padres en los hijos, a los hombres en sus mujeres, creyéndose fuertes porque obran como infames.

*

Vémosles recrearse sobre París como una bandada de aves que lanzan al viento sus graznidos. El oprobio que bebieran Francia y Europa, quieren, asesinos, hacérselo beber otra vez, para lo cual válese de su copón la infalible Roma. El sangriento derecho divino, la horrorosa voluntad omnívota, el vicio por sultán, el crimen por visir, para ellos el festín y las migajas para el pobre, la esperanza muerta, la vuelta al terrible calabozo, hé aquí su sueño dorado. Para vencer necesitase derribar al Cristo llamado pueblo, y poner sobre el pavés a Barrabás; hay que hacer tabla rasa de todos y de todo, y si alguno levanta la cabeza, aplastársela. Trátase del pasado, que se quiere galvanizar; necesitase difamar, inculcar, denunciar, mentir, calumniar, babear, aullar y morder hasta que renazca el buen gusto al lado del buen orden. ¡Burlarse de la enmutada Francia! Averguénzanla con su viejo orgullo; acusanla de haber dado libertad al hombre, de haber fabricado a Esparta con los despojos de Sodoma, de haber enjugado el sudor que corría por la frente del pueblo, de ser el gran huracán y el gran resplandor, de proyectar en el horizonte la elevada sombra, de haberse despertado al grito de la alon-

dra, repartiendo la faena a los trabajadores; Acúsala asimismo de confrontar el dogma con la conciencia; de espiar la diafanidad que han de producir en nuestro horizonte las puertas de las cárceles al abrirse; de habernos gritado: ¡adelante! en el momento que obramos contra todos los viejos yugos y los viejos regimenes, y de sostener allá arriba la balanza, manteniendo en un platillo el derecho y en el otro el deber. Le echan en cara el término de las servidumbres, la caída del negro muro, el faro encendido entre las sombras, por do caminábamos, la sucesiva aparición de las constelaciones, todos estos astros manifestados en el cielo uno tras otro, Molière, burlador pensativo como un apóstol, Pascal y Diderot, Danton y Mirabeau. Sus faltas son la Verdad, el Bien, lo Grande, lo Bello; su crimen consiste en la profunda obra llamada Revolución, por medio de la cual renace el universo, esa segunda creación que rehace al hombre despues de Cristo, despues de Cecrops, despues de Japhet. Apoyados en esto aquellos ruines, entablan un proceso en regla a lá patria, al inmenso ángel con alas de águila. Se encuentra vencida, ensangrentada, y gritase: ¡abajo su gloria! ¡abajo sus votos, sus obras, sus combates! ¡Ella tiene la culpa de todos los desastres! ¡Y sus tenebrosos piés huellan a la inmortal, la cual es perversa, absurda, loca! Todos lanzan repugnante carcajada sobre tan sagrado infortunio. Bueno es que lo sepáis, tú, infame bufón, y tú, perverso: el que habla mal de su madre hace un esfuerzo siniestro, comete un crimen que estremece al cielo. ¡Oh mónstruos!

¿Y cuándo se cansarán los que obran mal? ¡Ah! a veces un minuto puede herir un siglo; compádezcote a esos hombres que deben dar cuenta a la historia de sus actos.

¡Cómo temblará la gran musa negra, y cuál no será su sorpresa al ver que se pone en la picota a aquellos que cumplen con su deber, al ver que el

pueblo siempre es pasto, presa y blanco, que aún son posibles las matanzas en masa.

Tú te mantendrás gigante ¡oh pueblo! a pesar de esos enanos. Algun día ¡oh Francia! brillando en tu pupila el relámpago de Prometeo, te erguirás, cual gran resucitada, sobre el Rhin y sobre los Apeninos.

Surgirás; tu frente lanzará los horrores, el espanto y la aurora a tus negros sepultureros, y exclamarás: ¡libertad! ¡paz! ¡clemencia! ¡esperanza! Esquilo en Atenas y Dante en Florencia acordaránse en el borde de la tumba, despiertos, y contemplándote altivos y alegres, humedecidos los ojos: el uno creará ver a Grecia y el otro a Italia. Y tú dirás: aquí estoy para apaciguar y desatar; todos los hombres son el Hombre, un solo pueblo, un solo Dios.

— o o —

ESPERANZA

I

De la suerte fatal, de los odios, de los furores, de los sepulcros, brota la luz ¡oh pueblo! y la certidumbre. ¡Progreso! ¡fraternidad! ¡fé! que lo afirmame la soledad y consienta en ella la multitud a grandes gritos; que la alegre aldea lo diga al gran París y el emocionado Louvre a la cabaña. La última hora es clara tanto como fué sombría la primera, y óyese distintamente en el fondo del negro cielo el rumor producido por los que nacen.

Y yo, en estas indómitas y fieles hojas, en estas enlutadas páginas, llenas de combates y de espanto, caso de estallar a pesar mio angustioso clamor y de haber dejado escapar la palabra sufrimiento, negación cualquiera de esperanza, borro en seguida el oscuro y perdido lamento.

¡Se apoderaría de mí la duda, de mí, sereno navegante que no teme los embates de las olas! ¡Admitiría que repugnante mano pueda mantener corrido el cerrojo del pasado sobre el porvenir! ¡Cómo! ¿el crimen echaría su zarpa a la justicia, la sombra ahogaría al astro que se encamina hácia el solsticio, los reyes arrojarían lejos de sí a latigazos la ciega conciencia y el cojeante progreso; la verdad callaría, este siglo desaparecería sin pagar sus deudas, el universo se inclinaría cual náufrago bajel, y veríase consumir lentamente entre sombras el si-

niestro espasmo de los pensadores? ¡No; y tú te mantendrás, oh Francia, la primera! ¿Puede degollarse la luz? Si el sol, hostigado por un buitre, derramaba su sangre, la sangre trocaríase en luz, ¡Herir al sol! Aunque el infierno entero se mancomune para llevarlo a cabo, sólo logrará hacer brotar rayos de aurora de su herida. Así pues ¡oh Francia! de la lanzada de tu costado verán manar la libertad los temblorosos reyes.

II

¿Qué te importa ¡oh París! ciudad de la hornaza, flamígero pozo, la pasajera niebla, y el sombrío viento que azota tu flanco? ¿qué te importa un combate más o menos en tu áspera justa? ¿qué te importa una bocanada de viento de la fragua añadida a todos los aquilones que atormentan tu pira? ¡Oh fiero volcán! ¿quién podrá saciarte de explosiones, de ruidos, de borrascas, de truenos, de sacudidas que conmueven toda la tierra, de metales que se alean, de almas que sirven de pasto al fuego? ¿Acaso te apagas al impulso del Divino hálito? No. Tu fuego vuelve a encenderse y hierve tu profunda ola, ¡oh fusión formidable de un mundo! Lo mismo que al mar, sólo Dios te dice: basta. Tu ruda función entrambos la conoceis. A menudo el hombre, inclinado hácia tu sonoro foco, toma por reflejo del infierno el tinte rojizo de la aurora. Tú no ignoras lo que debes construir o transformar. Si se lanza una piedra en la sima donde yaces, despidés enorme cantidad de chispas. Los reyes te azotan, y así como el torjado hierro de los martillos lanza el relámpago a los ciélopes, tú contestas a sus golpes cubriéndoles de estrellas.

Nada bastará a detener el venerable porvenir.

III

Tu pasión te coloca en medio del género humano,

en la cúspide. Nadie podrá acercársete sin oír salir de tu agosto suplicio tierno acento, pues sufres y te desangras en obsequio del universo entero. Ante tí los pueblos se prosternarán. La aureola del Etna no teme a Eolo, y ningún viento apagará la tuya, pues tu ilustre y terrible luz, abrasando cuanto no constituye la vida, honra, trabajo, talento, deber, derecho, curación, bálsamo, perfume, es púrpura para el porvenir y llama para el pasado. Gracias a tí el hombre crece, el progreso nace viable. ¡Oh, ciudad; cuán envidiable es tu trágica suerte! Tu muerte dejaría en la orfandad al universo. En tu llaga brilla un astro, y Cartago o Berlín comprarían al precio de todas sus rapiñas y de todas sus satisfacciones tu corona de espinas. ¡Oh ciudad! estás destinada a fundar la Europa. Pero hasta ese momento ¡cuántos tormentos te esperan! Lo que constituye tu gloria, la deuda que todos te pagan es el martirio. Acepta, sé grande. Muéstrate el pueblo héroe. Deja que después de los tiranos se presenten los verdugos, y mantente tranquila. En tu mano la espada se convierte lentamente en palma. Los pueblos te habrán visto ¡oh ciudad magnánima! después de ser el faro del abismo, después de luchar como es debido, después de ser cráter, después de hacer hervir toda la libertad del mundo en tu retorta, después de expulsar el horroroso gigante llamado Prusia, erguirte repentinamente fuera del abierto antro, masa de bronce, deidad eterna de virtud, brillar como lava, y luego, quedada trocada en estatua al enfriarte.

IV

Green los hombres del pasado que todavía viven, mientras que su trabajo, todos sus esfuerzos y contorsiones no son otra cosa que un afortunado hormigueo de gusanos terrestres: la losa del sepulcro está suspendida sobre sus cabezas. Pero de París, la ciudad sagrada, nada está muerto:

su agonía produce y su derrota crea. Lo que ella quiere será. El día en que nació, acabó lo imposible. Lo afirmo y no me canso de repetirlo al perjuero, al trapacero, al traidor, al cobarde, ¡oh reina, oh diosa! tú vives. Aquellos que debieran estar hartos de tus dolores, te insultan; pero tú vives ¡oh París! de tu arteria mana la sangre de todos los hombres y de toda la tierra, sintiéndose latir en tí el pulso del porvenir. Siéntese en tu seno, madre atareada, ciudad conmovida, ese feto (el desconocido universo) que se mueve. ¡Qué importan los zumbones siniestros! Todo va bien.

Convengo en que aquí abajo todos nuestros pasos son nocturnos. Es verdad, hombres del pasado, que la vida, a pesar de nuestra labor y de nuestra envidia es terrenal, y que no puede divinizarse antes de que el hombre se encamine al gran cielo en busca del gran viviente. La muerte será siempre la alta liberación. El cielo posee la felicidad la tierra la esperanza, pero la esperanza creciente, los pesares que se borran, y nuestros ojos abiertos, esto es el progreso. Tal o cual átomo es un astro, y reluce. Vemos al bienestar que va desaherrando la miseria, mientras que vosotros saboreáis la taciturna oscuridad. Os agrada todo lo negro, y vuestro espantoso ensueño estribaría en cegar el alma. Para nosotros el sudario está cubierto de agujeros que despiden llamas. ¡Qué importa el sombrío zénit si vemos levantarse las constelaciones, resplandecer los rayos, metamorfosearse con majestad los soles; acá lo verdadero, más allá lo bello, lo grande, lo justo, por do quiera la vida con mil doradas aureolas! Y vosotros contemplando sombras, sombras y siempre sombras. Vosotros veis bajo triple velo las tinieblas, y nosotros miramos las estrellas. Buscamos lo útil, y vosotros lo perjudicial. Cada cual contempla la noche a su manera.

— o o —

ENTRE SOMBRAS

El viejo mundo

¡Oh marea! Ya puedes bajar; es preciso. Jamás tu flujo había subido tanto. Mas ¿por qué te veo tan sombría e indómita? ¿por qué tu antro despide gritos cual humana boca? ¿por qué esa áspera lluvia, y esa sombra, y esos rumores, y ese negro viento que sopla en el nocturno clarín? ¡Tu onda sube con prodigioso ruido! He aquí tu límite. Detente, digo. Las viejas leyes, los viejos obstáculos, los viejos frenos, ignorancia, miseria y nada, subterráneos donde fenece la loca esperanza, profundos presidios del alma; la antigua autoridad del hombre sobre la mujer, el gran banquete, cuya barrera fórmanla los desheredados, las supersticiones y las fatalidades, a nada de esto toques, vete: son cosas santas. Vuelve a bajar, y guarda silencio. He edificado estos recintos alrededor del género humano y he levantado estas torres. Mas ¡no paras de rugir, y vas subiendo, subiendo! A tu frenético choque todo desaparece en confusión. He aquí el viejo misal, el antiguo código; ha pasado el cadalso envuelto en un pliegue de tu onda. No toques al rey: ¡justos cielos! yace en tierra. Y asimismo veo desaparecer esos hombres sagrados. ¡Detente! es el juez y el sacerdote. Dios te ha dicho: ¡no pases adelante, oh amarga onda! Pero ¿qué veo? ¿me engullas? ¡Socorro, Dios mío! ¡el mar desobedece! ¡el mar invade mi mansión!

La marea

Me crees la marea y soy el diluvio.